



YO YA

YO YA

38

MIGUEL CM



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2024

Depósito legal: AL 3406-2024

ISBN: 978-84-1097-070-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Miguel CM

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
1. Terminar de empezar.....	13
2. Amargo despertar	17
3. Disfrutar el silencio	21
4. Deliciosos alaridos.....	25
5. Los lunares de su espalda	29
6. Bajo el hilo de agua	33
7. Postre para llevar	37
8. Abrigados por las estrellas	41
9. Los rumores de la casa	47
10. Esplendor.....	51
11. Como empezamos.....	55
12. Casualidad o sospecha	59
13. Ritmo latino.....	63
14. De compras.....	67
15. En concordancia.....	71

16. Recuperando vivencias	75
17. Sin prisa	79
18. Aún a flote.....	83
19. A su espalda.....	87
20. El ruido de las olas	91
21. La vuelta.....	95
22. Vidrio.....	99
23. Vuelta atrás.....	103
24. Mi relato	107
25. Con rabia	111
26. ¡Buenos días!	115
27. En sumo grado	119
28. Sensación de tranquilidad.....	123
29. Tarta de queso	127
30. Cuarto postre	131
31. Por primera vez	135
32. Melodía.....	139
33. Debido a la distancia	143
34. De vuelta.....	147

35. En silencio	151
36. Observando el paisaje.....	155
37. Las estrellas.....	159
38. Imprevista retirada.....	163
39. Listos para marcharnos.....	167
40. Protagonistas	171
41. Licor	175
42. El billar	179
43. De estreno.....	183
44. Fundidos.....	187
45. Nueva habitación	191
46. A una parada.....	195
47. Bajo las vías.....	199
48. La película.....	203
49. Suave brisa	207
50. El sexo es salud.....	211

PRÓLOGO

Cierra los ojos. Imagina tu cuerpo completamente desnudo, sin nada que lo cubra, sobre tu cama. Guarda en tu mente a la persona que tienes al lado, o más bien a esa persona que te gustaría que estuviera adyacente a ti, piel con piel; también puedes fantasear con la época o el momento de tu vida en el que va a suceder. Siente el calor que desprenden vuestros cuerpos, disfruta de su suavidad, de las texturas, de vuestra mezcla; aprovecha incluso su fragancia, tan característica que hace que un cosquilleo recorra tu tripa de arriba abajo cada vez que esta asciende por tus fosas nasales. Observa bien su cuerpo, invéntalo, recuérdalo, memoriza cada detalle: su tez, sus labios, su mirada, sus manos, sus movimientos, su vientre... e incluso la posición de sus lunares, la disposición de sus manchas y las coordenadas de sus cicatrices. Es muy importante que lo tengas presente, que lo percibas con todos y cada uno de tus sentidos, ya que va a acompañarte durante estos relatos; ambos vais a ser los protagonistas de esta corta pero intensa historia que vas a empezar a leer. Disfruta en abundancia, disfrútate, porque, como me dijo una vez alguien a quien aprecio mucho: «El sexo es salud».

[1]

TERMINAR DE EMPEZAR

Sus ojos eran preciosos, no podía parar de mirarla. Me llamaron mucho la atención sus manos, su perfecta sonrisa, pero, sobre todo, su incansable forma de gesticular. Estaba sentada a tan solo unos metros de mí y, a pesar de ello, era como si un mundo entero nos separase, lleno de barreras y obstáculos invisibles que mi mente había creado para la ocasión, reforzando la inseguridad que me acompaña de vez en cuando. Aun así, no quería perder la oportunidad de conocerla, de saber si realmente era tan interesante como mi cerebro había hecho que pareciera. Tardé algún tiempo en quitarme la vergüenza y decidir acercarme a hablar con ella. Al principio, me costó poder hilar más de dos palabras seguidas sin que mi lengua se trabase, aunque poco a poco —y gracias, en parte, a su simpatía y afabilidad— fui ganando fluidez.

En escasos minutos, nos habíamos sumergido en una interesante conversación de la cual no queríamos salir. Aunque inicialmente fue algo incómodo y vergonzoso para ambos, ya ni siquiera nos molestaba el fuerte ruido de la música y el bullicio de la gente que deambulaba a nuestro alrededor. Durante la charla, surgieron infinidad de temas que tratamos entre bromas improvisadas y que nos sirvieron para conocer la superficie de nuestro interior. Hablamos de música, de series de televisión e incluso fantaseamos con cómo sería, en un mundo idílico, nuestro día perfecto.

Tras una larga y fructífera conversación, miles de miradas y reírnos por todo, era imposible para mí aguantar un solo segundo más sin besarla. Llevaba tiempo queriendo hacerlo y había llegado el momento de intentarlo. Sin pensarlo demasiado, me lancé, juntando despacio mi boca con la suya y observando su reacción; ella me correspondió acortando también el camino. Tras la unión, su saliva empezó a atraparme rápidamente; el movimiento de nuestras lenguas, una contra la otra, se volvió hipnótico, adictivo.

Decidí apartarme ligeramente de ella y ponerle un punto y seguido —o más bien una coma— al beso. Durante unos instantes, aunque ruborizados, permanecemos mirándonos a los ojos, con una sonrisa pintada en nuestros labios y los dedos —que no sé muy bien cómo llegaron a esa posición— entrelazados. Cogí su mano y, después de levantarme de la silla, la llevé a buscar un lugar discreto, más íntimo, donde las miradas de la gente, y sobre todo de nuestros amigos y amigas, no pudieran juzgarnos.

Salimos a la calle y caminamos durante un buen rato, hasta encontrar el portal de un edificio suficientemente alejado de ojos curiosos. Nos metimos dentro. Creo que, aunque no fue, ni mucho menos, ni el sitio más bonito, ni el más romántico, si tuviéramos que volver a hacerlo, entraríamos de nuevo allí; era justo lo que necesitábamos en ese momento, en el que las ganas de saborearnos precedían a la belleza del lugar.

Tras acceder al edificio, nos apoyamos contra la puerta. Nuestras bocas volvieron a anudarse, a intercambiar saliva. Mientras tanto, mis manos, curiosas, empezaron a acariciar lenta y delicadamente su espalda por encima de su camisa: desde sus hombros, recorriendo sus omóplatos, siguiendo la tira de su sujetador y bajando por su columna, hasta su cintura, muy despacio, utilizando únicamente las yemas de mis dedos. Su mano izquierda,

mientras tanto, agarró mi culo con fuerza, empujándome contra ella y haciéndonos sentir los sexos mutuamente.

Mordió mi labio inferior, con ímpetu, acompañándolo de un forzado suspiro, tratando de mostrar que sus ganas de ir más allá estaban, como mínimo, al mismo nivel que las mías. Su lengua repasó mi cuello, de abajo arriba, topándose con mi lóbulo derecho, al que propinó un suave mordisco. Su respiración, ajetreada, se mostró a mi oído, llenándolo de jadeos y susurros desvergonzados que provocaron que el vello de mis brazos se erizara. Después, buscó mi lengua, persiguiéndola con la suya una y otra vez, empujándola, restregándola y cambiándola de estancia.

Me colé por su camisa, a la vez que mis labios conseguían dejar atrás los suyos para poder investigar su oreja izquierda. Quería hacer que sintiera mi respiración, tal y como había hecho ella conmigo. Agarré su pelo, a la altura de su nuca y, llevando su cabeza ligeramente hacia atrás, dejé su cuello al descubierto para clavar mis dientes en él. Mis manos estudiaban su espalda, su vientre, su pecho... memorizando cada centímetro de su cuerpo. Acerqué mi boca a la suya y, cuando intentó besarme, me retiré ligeramente, propiciando un aumento de su deseo por mis labios. Finalmente, propiné ese beso que ambos ansiábamos, cruzando nuestras lenguas nuevamente, una y otra vez, nerviosas.

Tras acabar de explorar su torso, mis dedos se escurrieron por dentro de su pantalón, encontrándose con un manantial de placer entre sus piernas que no dudé en escudriñar, en sentir, en disfrutar. Ella desabrochó mi cinturón y pasó su mano por debajo de mi ropa, examinando el interior de mis calzoncillos, todo lo que quedaba patente bajo la tela. Los movimientos eran muy lentos, suaves y delicados, acompañados de preguntas por nues-

tros gustos y placeres, permitiéndonos aprovechar al máximo esa inaugural expedición con la que fuimos descubriéndonos.

Nuestra respiración se había sincronizado y fuertes exhalaciones salían de nuestras bocas a cada movimiento de las manos del contrario. Nos moríamos de ganas de desnudarnos, sentir piel con piel, arrastrar nuestras lenguas por la plenitud de nuestros cuerpos y empezar a hacerlo como animales. En pleno apogeo, alguien se acercó a la puerta del edificio e introdujo la llave. De forma instintiva, sacamos rápidamente nuestras manos de los pantalones ajenos e intentamos mantener la compostura. Era un vecino, quien se sobresaltó al encontrarnos allí a oscuras y a medio vestir. Como pudimos, disimulamos y, ruborizados, le dimos las buenas noches. Él nos contestó sin apenas mirarnos a la cara; no sé cuál de las dos partes sintió más pudor por la extraña —y espero que inusual— situación.

Tras el «pequeño incidente», decidimos hacer una pausa, terminar de recomponernos e intercambiar nuestros números de teléfono para poder seguir conociéndonos otro día. Como ya era tarde, no volvimos al bar donde habíamos dejado aparcados a nuestros amigos, pedimos un taxi y nos fuimos cada uno a su casa. No podíamos dejarlo ahí. Lo cierto es que ambos deseábamos terminar de empezar. Necesitábamos terminar de empezar.

[2]

AMARGO DESPERTAR

Me desperté empapado, había soñado con ella. Todo pareció tan real que aún podía recordar cada detalle de su cuerpo, su olor, su sabor e incluso el tacto de su piel. En mi mente quedaron grabadas sus supuestas y dulces caricias, la destreza en sus besos y también el placer que me había concedido durante toda la noche. Una fantasía que esperaba que algún día, más pronto que tarde, se pudiese cumplir. En esos momentos odiaba con todas mis fuerzas al dichoso despertador, que había hecho que me alejara de ella, que no pudiera terminar lo que había empezado, aunque solo fuera una fantasía forjada en la zona caliente de mi cerebro.

En el sueño estábamos solos, en un *jacuzzi* situado en el centro del jardín de una enorme y lujosa casa que mi mente había inventado. Era de noche, y únicamente nos alumbraban unos pequeños farolillos —estratégicamente colocados sobre el césped— y la luz de la luna, que proyectaba su reflejo contra nosotros. Nuestros cuerpos se encontraban completamente desnudos, cubiertos por el agua y salpicados por las burbujas. Sus manos rodeaban mi pene; yo mordía sus labios, mientras acariciaba con mimo sus suaves pechos. Recuerdo también que, con un mordisco en su cuello, causé un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Mientras nos besábamos, sucediendo nuestras lenguas de boca en boca, sin apenas poder abrir los ojos por el borboteo del agua, mis tímidas manos acariciaban su entrepierna, muy despacio,

intercalándose con su sexo y explorándolo hasta que mis dedos terminaron desapareciendo en su interior. Ella, a la vez, comenzó a halagar suavemente mi escroto y a agitar mi pene, muy lento, abarcándolo totalmente y empujando su mano con suavidad por toda su extensión.

Nuestros labios se separaron ligeramente, retrocediendo tan solo un centímetro, manteniendo nuestras miradas clavadas una en la otra y disfrutando de nuestras caras de satisfacción, a la vez que las gotas de agua que nos salpicaban descendían por nuestro rostro. De nuestras bocas comenzaban a brotar exhalaciones constantes de placer. El roce contra nuestros sexos era tranquilo, muy lento y delicado, lo cual nos permitía deleitarnos al máximo con cada desplazamiento.

Lo siguiente que recuerdo fue cogerla en volandas, agarrándola del culo, y sacarla fuera del agua para ponerla en el borde del *jacuzzi*. No recuerdo que pasáramos frío, por lo que deduzco que la temperatura en el sueño era buena. Quizás estábamos en verano o, como poco, en primavera.

Comencé a pasar mi lengua desde su cuello hasta sus pechos, sin detenerme, dejándola impregnada de saliva y deseo —todo ello mezclado con el agua que escurría por su cuero—. Después, me centré en sus pezones, haciendo círculos primero en el derecho, que, con la ligera brisa que abrazaba nuestra piel y la humedad, cada vez se ponía más duro. Pasé después a visitar al izquierdo, saludándolo con un pequeño mordisco, para continuar bordeándolo con mi lengua. Seguí recorriendo su cuerpo, saboreando cada recoveco, cada centímetro, hasta llegar a su muslo derecho. Desde allí, desanduve parte del camino, desplazándome hasta su entrepierna, colaborando en el incremento de su respiración.

Mi lengua continuó con el movimiento, que había comenzado muy despacio, explorando toda la zona, para luego aumentar el ritmo, acelerando y desacelerando la acción, según me parecía más oportuno. Su aliento también se acrecentaba y disminuía en sincronía, adaptándose a la velocidad de mi sinhueso. Desde la misma posición, entre sus piernas y mirándola a los ojos, comencé a jugar con su clítoris. Ella se reclinó hacia atrás —apoyando su peso sobre los codos—, agarró mi pelo y empujó mi cabeza contra su sexo, al mismo tiempo que sus muslos presionaban mis orejas, dejándome inmóvil, sin poder ejercer otro movimiento que el de mi lengua. Su respiración había aumentado y de su boca se fugaban ya algunos gemidos, que se unían a los jadeos que nos acompañaban desde hacía rato y al sonido del burbujeo que producía el *jacuzzi*.

Continué devorando su manjar sin detenerme, centrándome en cada detalle e impregnándome de su sabor. Como pudo, consiguió incorporarse para agarrar mi cara con sus manos, retirarme de su sexo y dirigir mi boca hacia ella, buscando mis labios con los suyos. Me besó y repasó con su lengua, bordeándome y cubriéndome de saliva. Escurriéndose por el borde del *jacuzzi*, volvió a meterse en el agua; yo me senté en el poyete que había en el interior, y ella se colocó sobre mí, pecho contra pecho. Buscó mi pene, lo agarró con fuerza y lo fue introduciendo poco a poco mientras me besaba, guiada por la irónica sequedad que produce el agua sobre los genitales. Una vez dentro, comenzó a trotar sobre él, muy despacio.

Coloqué mis manos sobre sus nalgas y la acompañé en el movimiento de su cadera, que se desplazaba de adelante hacia atrás, no a gran velocidad, pero sin detenerse. Sus dedos se posaban sobre mi cara, sujetándola con delicadeza para que no pudiera

escapar de los besos. Su cintura, con un movimiento constante, permitía que mi pene entrara y saliera de ella prácticamente del todo y que nuestra respiración aumentase en cada acceso. Poco a poco, con la ayuda de mis manos, la animé para que acelerara el ritmo. Sus gemidos, que volvían a aparecer, me alteraron aún más; hacían que mi deseo por ella aumentara, que no quisiera el fin de ese encuentro.

Volví a besarla, buscando su lengua y atrayéndola hacia mí. Mi mano derecha se encaminó a su pecho, buscando primero su pezón izquierdo para propinarle un leve pellizco; después, se dirigió al derecho para repetir la misma acción. Mi pene, que se mantenía unido a su sexo, friccionaba una y otra vez en sus adentros, sintiendo cada una de sus rugosidades al entrar y salir de allí. Agarró mi cara con una sola mano, la giró con brusquedad hacia el lado derecho y clavó su lengua en mi oído, impregnándolo de gemidos y saliva.

El trote era constante, sin desistir ni un solo momento. Entre susurros, me dijo que estaba a punto de correrse, que iba a llegar ya. Le pedí que acelerara, que lo hiciera más rápido. Quería llegar con ella. Tras escucharlo, se agarró con fuerza a mis hombros y comenzó a bombear a buen ritmo, subiendo y bajando una y otra vez. Mi boca desprendía intensos resuellos que ocupaban todo el jardín, aderezado desde hacía rato también con sus gritos. No me faltaba nada para llegar, yo también estaba a punto de gritar. En ese mágico y placentero momento —en el peor y a la vez mejor instante, el más amargo—, me desperté.

[3]

DISFRUTAR EL SILENCIO

Cerré la puerta a mi paso. Era un pasillo estrecho y no muy largo. Al fondo, se vislumbraba el salón con un par de sofás, una mesa y varias sillas; a la izquierda, una puerta cerrada que, no sé por qué, presupuse que era la cocina. Ella, frente a mí, estaba cubierta únicamente por una toalla azul aguamarina enroscada en el cuerpo, la cual llegaba desde lo alto de su pecho hasta casi la rodilla. Con voz entrecortada y una sonrisa pintada en sus labios, me dijo que esperase unos minutos, que terminaba de vestirse y estaría lista. Era la segunda vez que la veía, pero una extraña sensación recorría todo mi cuerpo, como si nos conociéramos desde hacía años.

Sin desdibujar la sonrisa, y con resignación, se giró y emprendió el camino de vuelta hacia su habitación. Antes de que pudiera marcharse, mi mano se adelantó para alcanzar la suya y, agarrándola del brazo, la acerqué hacia mí. Tras morder su labio inferior, tomó con suavidad mi cara, colocando sus manos en mis mejillas, sujetándola con dulzura. Yo la abracé de la cintura, pegando cuerpo con cuerpo para poder sentir el calor de la ducha que quedaba aún en su piel. Nuestras bocas, por fin, se unieron de nuevo, propiciando una colosal lucha entre nuestras lenguas; ansiábamos ese instante desde hacía días, y, ahora que había llegado, no estábamos dispuestos a desaprovecharlo.

Sin soltar su cadera, y después de intercambiar nuestras posiciones, la empujé suavemente contra la puerta. Elevé sus manos a